

mienta el hecho de jugar con las representaciones oscuras, el tema de la muerte por ejemplo, con la intención de “revestir de civilización ciertos temas”. Como si el hombre sólo pudiera hacerse con ellas, elaborarlas o trabajarlas pragmáticamente, poniéndolas afuera pero recibirlas con un océano de apariencias, en lo cual se revelaría *su dominio sobre ellas* y, por qué no, la mismísima fuerza del ánimo y *la vida*.

Jesús GONZÁLEZ FISAC

SCHOPENHAUER, A.: *Diarios de viaje. Los Diarios de viaje de los años 1800 y 1803-1804*. Madrid, Trotta, 2012.

Heinrich Floris Schopenhauer ofreció a su hijo la posibilidad de hacer un largo viaje de placer por Europa a cambio de que, al regreso de éste, se dedicase por completo a la carrera mercantil. El joven Arthur no pudo evitar caer en la “tentación” presentada por el padre incluso cuando sabía que el precio que habría de pagar era el abandono de su formación intelectual. Sin embargo, años más tarde, escribía en su *curriculum vitae*: “no me arrepiento de haber hecho este viaje”. El filósofo aseguraba orgulloso allí que su espíritu, “nutrido y adiestrado por la percepción directa de las cosas mismas, aprendió el qué y el cómo de ellas antes de ser embobado y fatigado por manidas opiniones”; adquiriendo desde entonces la precaución de no “confundir las palabras y las cosas”. Ahora, gracias a la labor traductora de Luis Fernando Moreno Claros, buen conocedor de la vida y pensamiento del «filósofo del pesimismo», disponemos por primera vez en lengua castellana de las vivencias que el todavía adolescente Arthur Schopenhauer anotó en sus diarios a lo largo de este *tour* europeo de los años 1803-1804; así como también de otro viaje anterior por Centroeuropa en 1800.

En la *Introducción* (p. 9-28), Moreno Claros ofrece, en primer lugar, una contextualización histórica y biográfica de la familia Schopenhauer: el ambiente lujoso, culto e ilustrado de la ciudad libre de Danzig hacia finales del siglo XVIII, el éxito comercial y el republicanismo del padre, el matrimonio con Johanna, la condición burguesa y acomodada de la familia, el nacimiento e infancia de Arthur, el asentamiento de los Schopenhauer en Hamburgo tras la anexión de Danzig por parte de Prusia, la estancia del muchacho en El Havre y su ingreso en el Instituto Runge. Asimismo, el autor presenta en líneas generales los dos periplos recogidos por el joven Arthur en sus diarios, haciendo hincapié en las condiciones que los permitían: Por una parte, “en el año 1800, recién estrenado el siglo XIX, era algo poco común y solo podían permitírsele familias con gran poder económico”; tal y como era el caso de los Schopenhauer, que pudieron costearse los mejores alojamientos, carruajes, postas y un criado durante el viaje gracias a su poder adquisitivo; así como su posición social les garantizó que las puertas de museos, personalidades, jardines o palacios, estuvieran abiertas para ellos. Por otra, en el siglo XVIII y XIX era común que los viajeros llevaran consigo lo que se denominaba “escribanía”: de las plumas de estos primeros turistas surgiría la literatura de viajes tan común en el XIX (siendo un ejemplo de ello la posterior obra literaria de Johanna). Así, el texto introductorio señala que es fácil imaginar que los diarios del muchacho no fuesen otra cosa que un trabajo “extraescolar” propuesto y supervisado por la madre.

Desde esta perspectiva, el autor propone abordar estos diarios con una lectura libre de tópicos interpretativos. Cierta tradición biográfica (como la de Ludger Lütkehaus) sostiene que el largo viaje realizado por Schopenhauer en los años 1803-1804 constituiría la salida al mundo del «Buda de

Occidente». En él, el joven habría adquirido la conciencia de que el mundo es, en definitiva, una especie de teatro creado por un demonio cuyos figurantes soportan las miserias de la vida solamente para su deleite. Tal valoración, apoyada principalmente en un pasaje del *Cholerabuch*¹ –uno de los cuadernos pertenecientes al legado manuscrito del filósofo– ampliaría el significado de estos diarios de viaje. Sin embargo, Luis Fernando Moreno Claros matiza esta interpretación: “¿Es posible que esta anotación se refiera al descubrimiento de las miserias de la vida durante el viaje europeo? Quizás sí, pero quizás no.”. En el pasaje aludido, Schopenhauer señala que este descubrimiento de la condición esencial de la vida tuvo lugar a sus diecisiete años; mas, cuando el viaje hubo finalizado el joven aún tenía dieciséis. Sin ser esto el reparo más significativo a esta tradición biográfica el autor señala además, que en los diarios de viaje apenas aparecen experiencias desagradables de esta índole. Éstas no suelen ir acompañadas de una reflexión moral y, cuando lo son, lo que el lector encuentra es el tópico literario de la *vanitas*. Más bien parece que Arthur Schopenhauer disfrutó de todo lo que un viaje de placer podía ofrecerle: buena compañía, comodidad, pintura, escultura, teatro, música, danza o el placer de ser espectador de extraordinarios paisajes. Y es que no debe olvidarse la naturaleza del viaje: en esta época, los nobles y la alta burguesía (como los Schopenhauer) comenzaban a realizar largos viajes “por el mero gusto de conocer mundo, o para desplazarse a los establecimientos balnearios que se habían puesto de moda entre las clases adineradas”. A todo esto, ha de añadirse que los diarios de viaje

del joven no constituyen un diario íntimo: no hay reflexiones de índole íntima o personal. En ellos no hay nada que no fuese susceptible de llegar a los ojos paternos.

Moreno Claros finaliza su introducción mostrando la perspectiva del muchacho hacia el final del viaje. En definitiva, de éste el joven también obtuvo una educación mundana que el padre quería para él como comerciante. Destino no deseado por Arthur. El muchacho deja entrever su preocupación ante el futuro y su melancolía en la última anotación en el diario tras el largo periplo. Después del descenso del Schneekoppe en las montañas de Silesia, escribe: “In coelo quies. Tout finit ici bas.”. Tras la experiencia de la montaña, de la altura y de la distancia, al joven Arthur Schopenhauer le espera la contaduría del empresario Jakob Kabrun en Hamburgo y la cercanía con las cosas que conlleva el trabajo de comerciante y los negocios.

Teniendo en cuenta las «precauciones» expuestas para evitar la consideración sin reservas de estos diarios como una fuente del pesimismo del futuro filósofo, podemos apreciar en ellos una serie de elementos que pueden ser de gran interés para el lector de Schopenhauer: desde el contexto cultural en el cual se desarrolló el joven, a su experiencia del arte en sus distintas facetas; pasando por el asombro del muchacho ante objetos raros e interesantes, su quietud en la contemplación de una naturaleza romántica y salvaje, o la diversidad de caracteres con los que se topó en su camino a lo largo de distintos lugares.

El primero de los textos, bajo el título *Diario de un viaje. Desde Hamburgo a Carlsbad, y desde allí a Praga; viaje de regreso a Hamburgo. Año de 1800*. (p. 29-61) reco-

¹ Pasaje completo: “A mis diecisiete años de edad, sin ninguna educación escolar, me conmocionaron las miserias de la vida tanto como a Buda en su juventud el descubrimiento de la enfermedad, el dolor, la vejez y la muerte. La verdad que el mundo gritaba de manera tan audible y clara superó pronto los dogmas judíos que me impregnaban, y mi conclusión fue que este mundo no podía ser la creación de un ser lleno de bondad sino, antes bien la de un demonio que se deleita en la visión de las criaturas a las que ha abocado a la existencia; tal era lo que demostraban los hechos, de modo que la idea de que ello es así acabó por imponerse.” (Schopenhauer, Arthur.: *Der handschriftliche Nachlaß*. Band IV, Teil 1. Frankfurt am Main, Waldemar Kramer, 1970, p. 96).

ge una excursión familiar –que duraría desde el 16 de julio al 17 de octubre de ese año– al balneario de Carlsbad; realizada con el objetivo de aliviar una sordera que aquejaba al padre de Arthur². En este trayecto veraniego visitaron entre otras ciudades Hannover, Gotinga, Cassel, Eisenach, Weimar y Jena para finalmente llegar a Carlsbad; mientras que a su regreso a Hamburgo el viaje les llevó a Praga, Dresde, Berlín, Postdam, Wörliz y Leipzig.

El día que se inaugura el viaje, cuando los Schopenhauer se disponen a cruzar el Elba tras su partida de Hamburgo, encontramos la primera de las pocas experiencias en las que el muchacho da cuenta de la miseria humana. La familia traba conversación con una anciana ciega a orillas del río. El joven Arthur anota: “Como le preguntamos por la causa de su ceguera, nos contó que, recién nacida, la llevaron en brazos durante cerca de media hora para bautizarla, cogió frío y se le helaron los ojos. [...] Sentí lástima de la pobre mujer, pero admiré la flemática tranquilidad con la que soportaba su ceguera; ¡bien caro hubo de pagar el placer de ser cristiana!” (p. 31). El muchacho a lo largo de este «veraneo» no recogerá más acontecimientos relevantes de esta índole, pues según prosigue su camino otras cosas llaman su atención: las descripciones de fuentes y jardines de estilo francés e inglés –sobre los cuales reflexionará más tarde en *El mundo como voluntad y representación*³– ocupan buena parte de sus notas; también lo hacen los museos de Gotinga o Cassel, donde Schopenhauer contempla objetos raros, utensilios, animales disecados de

todo tipo y aparatos mecánicos. En los palacios y castillos; las armaduras, los retratos de antiguos reyes teutones y delicados trabajos de orfebrería son las maravillas que el muchacho tiene ocasión de observar. Del mismo modo, en distintas exposiciones y galerías contempla las obras pictóricas de variados artistas, entre las cuales figuran algunas de Correggio y Rafael –pintores muy apreciados por el futuro filósofo. En Weimar, no solo las obras de arte y los objetos curiosos llaman la atención de Arthur, allí la familia Schopenhauer conoce a Friedrich Justin Bertuch, editor de Goethe, y paseando por un parque se encuentran con el poeta Friedrich Schiller. En Postdam, Arthur ve al rey de Prusia Federico Guillermo III y a “la bellísima reina”. A lo largo del viaje, el tiempo no ocupado en las visitas a todas aquellas cosas dignas de verse, el joven lo emplea en la música y el teatro: interpretaciones de *La Flauta Mágica* de Mozart, las obras *Los Piccolomini* y *La muerte de Wallenstein* de Schiller, y comedias.

El segundo texto, que da cuenta de la gran salida al mundo de Arthur Schopenhauer, aparece bajo el título *Diarios de viaje de los años 1803-1804* (p. 64-251) y está dividido en tres cuadernos. En este viaje –que duraría desde el 3 de mayo de 1803 hasta principios de 1805, cuando la familia llegó a Hamburgo– los Schopenhauer visitarían ciudades como Bremen, Westfalia, Ámsterdam, Rotterdam, Calais, Dover, Londres, Wimbeldon, Amberes, Bruselas, París, Versalles, Luxemburgo, Orleans, Burdeos, Montpellier, Marsella, Tolón, Lyon, Ginebra, Zúrich, Múnich y Viena entre otras.

² Cfr. Moreno Claros, Luis Fernando.: Schopenhauer. *Vida del filósofo pesimista*. Madrid, Algaba, 2005. p. 75.

³ Por una parte, sobre el estilo de los jardines, que tan vívidamente describió el muchacho en sus diarios, encontramos las apreciaciones que realiza ya en su madurez en WWV I, §44, 257 y WWV II, cap. 33, 462 y ss. Allí la diferencia entre el jardín inglés y francés consistirá teóricamente en que “los primeros están erigidos en un sentido objetivo, y los segundos en uno subjetivo. En los jardines ingleses se tiende a que la voluntad de la naturaleza [...] alcance la expresión más pura de estas ideas suyas, o sea, su propio ser. Por el contrario, en los jardines franceses se refleja únicamente la voluntad del propietario [...]”. Por otra, las apreciaciones sobre las fuentes y el arte de la hidráulica las podemos encontrar en WWV I, §43, 256 y s. Las siglas WWV corresponden a *Die Welt als Wille und Vorstellung*, indicándose el volumen en números romanos tras las siglas. Los números arábigos indican el parágrafo y el número de página, siguiendo la edición de las *Obras Completas* preparada por Arthur Hübscher: Schopenhauer, Arthur: *Sämtliche Werke*. Weisbaden, Brockhaus, 1966.)

De nuevo, en este diario Schopenhauer describe todo lo que la familia visita en su viaje: edificios históricos como el ayuntamiento de Ámsterdam, la abadía de Westminster, la Torre de Londres, Nôtre Dame, la Bastilla, los jardines del palacio de Versalles, las ruinas romanas de Nîmes o el Palacio Imperial de Viena. También los museos son otra de las paradas obligadas durante el periplo, entre los que destacan: en Gran Bretaña el *Museo Británico*, el *Ceverian Museum* y el *Weak's Museum*; en Viena, el *Museo de los minerales* y el *Museo de la naturaleza*; o en Francia el museo del *Louvre*, el cual el muchacho visita hasta ocho veces. En este último disfruta del arte de los antiguos contemplando las esculturas de *Laocoonte*, el *Apolo Vaticano*, la *Venus de Medicis* o el *Guerrero moribundo*. El joven anota en su diario el 7 de diciembre de 1803: “Uno no sabe hacia dónde dirigir la mirada cuando por primera vez llega a la sala de los antiguos. Todas estas piedras parecen estar vivas y en movimiento; sólo poco a poco se acostumbra uno a semejante visión” (p. 107). Junto al arte de la antigüedad, también puede ver allí los cuadros de los maestros holandeses, franceses e italianos. A lo largo de todo el viaje el muchacho visita galerías y exposiciones en las que tiene ocasión de ver la obra de grandes artistas: de nuevo Correggio y Rafael, pero también Da Vinci, Carravaggio, Van Dyck, Rembrandt, Jacques Louis David, Guérin, Carrache, Domenichino y Durero entre otros muchos. Del mismo modo que en el anterior viaje, el joven disfruta asistiendo a ballets, óperas y representaciones teatrales cada vez que tiene ocasión. En una de ellas, cuando va al Teatro *des Français* en París para ver representada una obra de Kotzebue, “estalló de pronto un fortísimo aplauso generalizado: era *Bonaparte*.” (p. 104). Napoleón, el rey de Inglaterra Jorge III, el emperador de Austria Francisco I, o astrónomos como William Herschel, son algunas de las persona-

lidades con las que Schopenhauer se cruza en este viaje.

De estos tres cuadernos que componen el segundo diario de viaje, podemos extraer algunos pasajes que completarían de un modo significativo esta «formación mundana» del muchacho. La experiencia de la cercanía de la guerra se deja ver en varias anotaciones, cuando las hostilidades entre Gran Bretaña y Francia se reanudaron en mayo de 1803, poniendo fin a la precaria paz traída por el Tratado de Amiens. Schopenhauer escribe el 24 de ese mes, una vez emprendido su camino a Inglaterra: “[...] justamente cuando nosotros emprendimos camino llegaba a *Calais* la noticia del estallido de la guerra. Aquellos desgraciados pasajeros ni siquiera habían podido llevarse consigo sus equipajes. Las mujeres y los niños, llenos de angustia y no sin correr un gran peligro, tuvieron que trepar a nuestra bamboleante embarcación. Observé cómo aquellas pobres gentes daban dos guineas a cada uno de los marineros que los habían traído remando; además de eso también tuvieron que pagar el pasaje en nuestro barco, si bien, como sospecho, debían haber pagado ya en el parquebote francés. Por lo general aquí se aprovechan de cualquiera de todas las maneras posibles.” (p. 75). Algo similar le sucede en París, cuando el muchacho se estremece ante la Bastilla el 12 de diciembre de ese mismo año: “Un camino empedrado hasta el portón de piedra, una parte del foso del castillo y la casa del gobernador Delaunay ayudan aún a la imaginación a representarse ese lugar de la eterna miseria, los inauditos lamentos y del sufrimiento sin esperanza.” (p. 110 y s.). También en Lyon el 2 de mayo de 1804: “Es de sobra conocido que ningún otro lugar sufrió tanto durante la Revolución como, en todos los aspectos, Lyon. De modo que ahora se señala a esta espléndida y gran ciudad como el escenario de horrores inauditos. [...] Y ahora los infelices habitantes de Lyon van a pasear a los mismos lugares en que hace diez años sus ami-

gos y parientes más próximos fueron amontonados y muertos con disparos de cañón y metralla. ¿Acaso no se les aparece la imagen sangrienta de esos padres que entregaron el alma en martirio? [...] Es increíble como el poder del tiempo es capaz de borrar las impresiones más vivas y más atroces.” (p. 154 y s.).

En Londres, el 8 de junio de 1803 el muchacho asistirá a un acontecimiento que no le dejará indiferente: “Esta mañana he presenciado un triste espectáculo: he visto colgar a tres hombres. Siempre será la más indignante de las visiones ver cómo se mata a seres humanos de forma violenta; y ello a pesar de que las ejecuciones inglesas no son ni con mucho tan crueles como por lo general suelen ser las ejecuciones.” (p. 79 y s.).

Otros pasajes relevantes albergan las ya anunciadas reflexiones sobre la *vanitas*: En Ámsterdam, el 13 de mayo de 1803, visita la *Quäack Schule* y escribe: “En una habitación especial cuelga un hermosísimo retrato del almirante Van der Sahne a tamaño natural [...]. Junto al cuadro descansan los símbolos de la historia de su vida: su espada, su copa, las cadenas del honor y, finalmente, la bala que tornó inútil todo lo demás.” (p. 70n). Igualmente, en la abadía de Westminster el 14 de junio de ese mismo año; tras ver las tumbas de Milton, Garrick, Händel y Shakespeare anota en su diario: “Cuando vemos en estos muros góticos las reliquias y monumentos de todos estos poetas, héroes y monarcas, cómo todos han venido a juntarse aquí desde los siglos más diversos; o, más bien, cómo yacen aquí reunidos sus huesos, es un bello pensamiento suponer que también ahora mismo estarán reunidos de igual manera allí donde no los separan ni los siglos, ni los estamentos, ni

el espacio ni el tiempo. ¡A saber qué es lo que cada cual se habrá llevado consigo al más allá de todo el brillo y la grandeza que aquí los rodeó!” (p. 85).

También en estos diarios podemos encontrar el famoso testimonio que da el joven Arthur de los forzados a galeras a su paso por los astilleros de Tolón el 19 de abril de 1804: “El destino de tales desgraciados lo considero mucho más aterrador que las condenas a muerte. [...] Es horroroso pensar que la vida de estos miserables «esclavos de las galeras», lo cual ya lo dice todo, carece de cualquier dicha, y para aquellos cuyos sufrimientos, aún después de veinticinco años, siguen sin tener un final, de cualquier esperanza. ¡Qué horrible imaginar la sensación de uno de estos desdichados mientras se lo encadena al banco de la oscura galera del que nada más que la muerte lo separará!” (p. 149 y s.).

Junto a estas experiencias, el paso de Arthur Schopenhauer por los Alpes Franceses y Suizos debió de ser de gran relevancia para el joven. La naturaleza salvaje y romántica es un canto de sirena que aterroriza y atrae al muchacho. El 16 de mayo de 1804, en el ascenso al Chapeau, contempla «el mar de hielo» arrebatado por el sentimiento de lo sublime: “Uno ve la monstruosidad de la Naturaleza; aquí ya no se muestra trivial, sino que sobrepasa sus límites y uno cree encontrarse más cerca de ella” (p. 168). El 8 de junio, recoge sus impresiones sobre una cascada del río Rhin que no olvidará⁴: “Solo con cierto temor contemplamos las poderosas fuerzas de la naturaleza. Hay tal rugido y estruendo que parece que se estuviera hundiendo el mundo, y la gigantesca cantidad de agua siempre renovada, salpicando y saltando siempre

⁴ Años más tarde, en 1820, relataría a sus alumnos este recuerdo: “La impresión de lo sublime se hace aún más poderosa cuando tenemos ante nosotros la lucha de la naturaleza a gran escala, como la que experimenta quien se sitúa ante la catarata del Rhin al pasar por el castillo de Laufen, donde el estruendo es tan fuerte que no puede oír ni su propia voz, e incluso podría dispararse un cañón sin que se lo oyera; la proximidad de esa terrible violencia, cuyos efectos contempla seguro y tranquilo, suscita el sentimiento de lo sublime.” (Schopenhauer, A.: *Lecciones sobre metafísica de lo bello*. Valencia, Universidad de Valencia, 2004. p. 166).

muy alto en el aire, parece como si quisiera destruir a quien se encuentra debajo, sobre el tambaleante puentecillo.” (p. 201). A estas visiones de la montaña, se añade la dificultad del ascenso: abismos de roca y hielo, caminos estrechos y mal tiempo. Sin embargo, de esta travesía de alturas, a veces Schopenhauer parece obtener las primeras intuiciones que más tarde le llevarán a reflexionar sobre la *conciencia mejor* en sus primeros manuscritos filosóficos. El joven Arthur describe en su diario las sensaciones que le provocó alcanzar la cumbre del monte Pilatus el 3 de julio de 1804: “Todo se transforma en otra cosa; no se ve ya un conglomerado de objetos separados, sino un inmenso y espléndido cuadro multicolor sobre el que el ojo se detiene con indescriptible placer. Cosas que abajo parecen tan grandes, los objetos de muchos esfuerzos y proyectos, desaparecen cuando uno está allá arriba; y a los señores del mundo, que abajo se imponen con su fuerza, ya no puede aquí distinguírseles. [...] El mundo contemplado así, desde arriba, es un espectáculo tan sublime que no me cabe la menor duda de que para quien se siente abrumado de penas y cuidados debe de ser el más consolador de todos” (p. 193).

Héctor DEL ESTAL SÁNCHEZ

JUARISTI, JON: *Miguel de Unamuno*. Editorial Taurus, Madrid, 2012.

Bajo las premisas de que el género biográfico no cuenta con el apoyo y desarrollo en España que sí tiene en otros países y recuperar la vida, obra y testimonio de ilustres pensadores españoles, la editorial Taurus en asociación con la Fundación Juan March ha decidido estrenar una nueva colección bajo el título “Españoles eminentes”.

Miguel de Unamuno y Jugo es sin duda un intelectual que merece el título de español

eminente: por la importancia de su pensamiento que aún hoy tiene mucho que decirnos, por lo interesante de su vida, profundamente imbricada y comprometida con el desarrollo de los acontecimientos que le tocaron vivir, y por su profundo amor y reconocimiento a nuestra patria. Es la segunda obra editada en la colección y su autor es su paisano, Jon Juaristi.

A lo largo de 520 páginas, Juaristi desgana la vida de Unamuno en 15 capítulos. Completa el libro un anexo final que consta del comentario bibliográfico, las notas –remitidas al final para facilitar la lectura–, un índice onomástico, un índice de obras y una selección de fotografías. Pero especialmente importante es el inicio, un breve y sincero preámbulo en el que el autor desgana sin medias tintas su situación ante el proyecto: reconoce sus carencias, justifica sus puntos de vista y decide utilizar como guía paralelismos personales y su propia relación con Unamuno.

Y es que el libro tiene un planteamiento que sorprende. En primer lugar, la parte del siglo XIX, la niñez, formación e inicio de la carrera profesional de Unamuno es lo que Juaristi refleja con mayor cuidado y dedica más espacio, siendo, sin lugar a dudas, lo mejor del libro. El panorama de la cuestión vasca, sus raíces, la tradición, las claves de sus vivencias más tempranas es tratado de una manera magistral, por lo que aventuraría sin mucho riesgo que este será un libro referente para todo aquel que quiera trabajar la formación del yo de Unamuno precisamente en sus años de formación y quieran rastrear en su pasado afirmaciones y planteamientos del Unamuno maduro. Juaristi no oculta que es la parte que conoce mejor y señala además que es la que está más abandonada por el resto del pensamiento generado a partir de y sobre Unamuno, que se ha centrado más en un Unamuno maduro, a partir de sus grandes obras. Sin negar la realidad de esto, no considero, a mi juicio, que sea razón suficiente para lo que a continuación ocurre: que esa profusión en el detalle, en la